

Sobre los salarios y la economía

Una de las grandes preguntas que desde antiguo se han formulado los economistas ha girado en torno a los salarios. En particular, sobre en qué momentos y condiciones era mejor mantenerlos bajos o incrementarlos, para que la economía vaya bien.

Mantenerlos bajos ayuda a que las empresas tengan menores costes laborales, y por lo tanto sean más competitivas y vendan más y ganen más dinero. En la cruz de esa moneda están el consumo y la inflación, que con salarios bajos se estancan y no tiran de la economía. También se congelan las cotizaciones de empresas y trabajadores (vía Seguridad Social o Impuesto de Rentas), y la maquinaria pública recibe menos gasolina para atender las crecientes necesidades (pensiones, servicios sociales...)

Subir los salarios, viene a generar los efectos contrarios. Siempre es así en economía, lo que se arregla por un lado, se estropea por el otro.

Por otra parte, la situación depende también de las características de cada sector (en función de cuánto pesan los costes laborales en el coste total del producto o servicio, en función también de la mayor o menos exposición al consumo interno, y de la dinámica propia del sector en ese momento).

Keynesianos y austriacos han discutido bastante sobre qué era lo mejor, tanto en períodos de crisis como en períodos de bonanza, sin que hayan llegado a un acuerdo razonable. En general los discípulos de Keynes recetan bajadas o subidas generalizadas (más o menos enérgicas en función de si el conjunto de la economía es más o menos exportadora), mientras que los de Hayek son partidarios de dejar hacer a los mercados y que cada sector y empresa haga lo que más le convenga (o lo que patronal y sindicatos decidan acordar).

A este debate de los teóricos de la economía últimamente se están sumando también las instituciones públicas, pidiendo que se suban los salarios ahora que la economía está levantando cabeza, y las perspectivas son favorables.

Aunque sobre esa mirada optimista del futuro acaba de echar un jarro de agua fría el Banco de España, en el Informe Anual que ha publicado a finales de Mayo. El gobernador Luis Linde deja el puesto en junio, y ha firmado un informe duro, un aviso a navegantes sobre los problemas que tiene la economía en España, que ha calificado de “vulnerable”.

Y es que a veces se nos olvida que llevamos unos años en la UVI, con las inyecciones monetarias del Banco Central Europeo, el Plan Juncker, y precios del petróleo por los suelos. Pero la fiesta se acabará previsiblemente a finales de este año. Cuando pasemos a planta, y nos quiten los tubos, descubriremos que todo cuesta más.

Baja productividad, un número excesivamente alto de temporales y parados, con un sector privado que se ha pasado de frenada con el miedo a volver a endeudarse y está invirtiendo menos de lo que debería. Y el sector público, incapaz de contener un déficit y el correspondiente endeudamiento que crece inexorable arrastrado por el incremento de los costes sociales asociados al envejecimiento de la población.

Por si fuera poco, la eventual nueva convocatoria de elecciones consecuencia de la moción de censura, nos mete de nuevo en un escenario en el que, por desgracia, han vuelto a aparecer titulares con la prima de riesgo, que este verano parece que volverá a campar por el Sur de Europa (en Italia están peor, aunque ya se sabe que mal de muchos...)

Así que los empresarios tienden a la prudencia, porque ya tuvimos hace algunos años que bajar salarios para mantener algunas empresas a flote, y no fue fácil.

La receta keynesiana de subir salarios en tiempos de bonanza para crear un círculo virtuoso de más consumo interno, y más producción, tenía más sentido cuando los ciclos económicos eran más largos, y la incertidumbre menor...

Entiendo bien la lógica, y también de aquellos que piden a los empresarios estas mejoras salariales y que inviertan para crear más empleos. Pero entiendo no menos bien a los empresarios y directivos que no acaban de ver el escenario despejado como para meterse en muchas alegrías, y no llevan bien esta presión añadida.

Porque nos guste o no, la mayor parte de la industria vasca no vive de que los vascos consumamos más o menos, y sí de que sus costes laborales sean competitivos... Siendo esto así, los salarios medios de nuestra Comunidad siguen siendo los más altos del estado.

Esperemos que lo sigan siendo. Lo público y lo privado tendrán que trabajar juntos para conseguirlo, hay que mantener la tradición de acertar en estas apuestas.